

Embajador en Yugoslavia

Se realiza un anhelo

En marzo 1980, aun con categoría de Ministro, asumí la embajada en Yugoslavia. Era un cargo que deseaba pues a lo largo de años en la Representación en Naciones Unidas, pude verificar el esfuerzo que hacía la diplomacia de ese país para mantener los principios del No Alineamiento y participar constructivamente en los grandes temas globales. Adicionalmente, las relaciones con el Perú eran muy buenas, incluyendo en el plano económico, por la participación de empresas yugoslavas en proyectos de infraestructura, que siguen operativos; y las considerables ventas de productos peruanos como harina de pescado y minerales.

Como había tenido oportunidad de interactuar muy activamente y hacer amistad con no pocos diplomáticos yugoslavos, en Naciones Unidas y en conferencias internacionales, fui recibido en la Cancillería de Belgrado con la mayor consideración. Los buenos amigos con los que podíamos hablar francamente facilitaron mucho mi tarea. Además de lo bilateral, debía acompañar las actividades del movimiento no alineado, en las complejidades de esos peculiares momentos de la guerra fría y el permanente y creo autentico esfuerzo yugoslavo de "nation building". Eso hizo aún más interesante la tarea.

El contacto con el gobierno era fluido y de acuerdo con la costumbre diplomática, visitamos a varias autoridades del país, pues se trataba de una República Federal. En todas partes encontramos funcionarios competentes y actualizados con las situaciones internacionales.

Yugoslavia era casi una curiosidad, pues se trataba de un país socialista no miembro del Pacto de Varsovia y, aunque nunca expresado oficialmente, era claro que más le preocupaba como posible amenaza la Unión Soviética y sus aliados que los Estados Unidos o la OTAN. Mantenían por ello Fuerzas Armadas bien equipadas y entrenadas, que eran también un factor de unidad nacional, por cuanto en la terrible guerra que les impuso el nazismo alemán, se produjo una no menos cruel lucha interna entre sectores extremos del fascismo croata y el nacionalismo serbio.

Distaba de ser una democracia, pero, a diferencia de sus vecinos, no era un estado policial. Todos podían acceder a pasaportes y de hecho muchísimas personas, pasaban largos períodos en el extranjero, pudiendo retornar en cualquier momento. Se hablaba de una permanente rotación entre casi un millón de emigrantes anuales y un número casi igual de yugoslavos que retornaban. En el complejo sistema económico de propiedad social, que por cierto tratamos en parte de imitar durante el gobierno militar, había algún espacio informal para profesiones independientes y pequeñas actividades de servicios. La apertura en materia de música, literatura, cultura y otros factores era muy amplia. La línea roja era que no se tratara de cambiar al gobierno.

El Presidente del Congreso del Perú, Luis Percovich, visitó Yugoslavia y en adición a los encuentros oficiales lo acompañamos al pequeño pueblo de su apellido, que no pocos de sus habitantes compartían. Aunque no se llegó a establecer en qué momento su familia de origen habría emigrado al Perú, fue atendido con suma afabilidad y sorprendió su parecido físico con muchos locales. Más adelante, el Presidente de la Presidencia yugoslava visitó oficialmente el Perú. Como es propio, lo acompañé en esa ocasión en todas las

actividades oficiales incluyendo la reunión de trabajo y el almuerzo que le ofreciera el Presidente Fernando Belaúnde y que condujo con su natural cortesía.

La educación de los hijos

Había que atender asuntos familiares, pues nuestros hijos de 12 y 10 años dejaron un ámbito escolar en Nueva York en el que se sentían perfectamente cómodos. No había en ese entonces en Belgrado colegios internacionales que ofrecieran una secundaria completa, lo que implicaba que Cristián, el mayor, solamente podría permanecer con nosotros algunos meses, debiendo luego ser enviado a algún internado en otro país europeo.

Una opción que apareció fue que los hijos asistieran a una escuela yugoslava, apoyados con clases particulares en casa. Conversando con ellos, aceptaron esa posibilidad, quien sabe porque ni ellos ni nosotros teníamos una clara idea de lo que les esperaba. No era solamente aprender una lengua eslava, sino que también se usaba en Serbia el alfabeto cirílico y, no menos, que los estudios eran más completos y exigentes que en Nueva York.

Milka Rakocevic, la secretaria de la Embajada, nos contactó con Nada Blanusa y Lilijana Solomun jóvenes estudiantes universitarias, que fueron determinantes en los estudios de Cristián y Rodrigo. Qué grato es que seguimos siendo hoy muy amigos de las tres. Milka volvió a trabajar conmigo cuando fui Viceministro y Nada y Lilijana nos han visitado en varios lugares y nosotros a ellas en Belgrado.

Los primeros seis meses fueron muy duros para los hijos. No solamente no entendían nada, sino que tampoco eran tomados en serio por profesores y alumnos, porque consideraban que el experimento no duraría. Felizmente, superaron la prueba y a medida que mejoraba su comprensión, mejoraban también sus estudios y se fueron haciendo de buenos amigos. En una oportunidad, fueron entrevistados en una radio sobre la experiencia que estaban viviendo. Llegaron a sentirse contentos y, cuando tras dos años en Belgrado fui ascendido a Embajador y trasladado a Lima, nos consultaron si podrían quedarse en Belgrado a completar la secundaria. Desde luego, ello era imposible, pero fue emocionante que un autobús lleno de jóvenes yugoslavos los acompañara al aeropuerto a despedirlos. Retornando al colegio Markham en que habían comenzado de pequeños, tuvieron las mejores colocaciones; prueba de que el esfuerzo que realizaron les sirvió mucho.

¿A ustedes les gusta Yugoslavia?

Fue la pregunta que me hizo un estimado Embajador latinoamericano. Le contesté: “No, ¿cómo piensas eso? Nos encanta”. Es que cada uno habla de la feria como le fue en ella. Mi amigo, Embajador político, hubiese deseado ser enviado a otra capital europea, más glamorosa que Belgrado. Y hay que entender eso, pero no era nuestro caso.

En Nueva York, un día de semana fui a almorzar a casa. Ante la sorpresa de Kille, le expliqué que no me gustaría que recordara que en cinco años nunca fui un día corriente. En Belgrado era excepcional que no pudiera hacerlo. También podía pasar más tiempo con Kille y los hijos y disfrutar con ellos muchas experiencias agradables. Por primera vez pisé una cancha de tenis y no pocas tardes fue posible pasar tiempo en la biblioteca de la Universidad.

La residencia, alquilada al gobierno yugoslavo era una casa agradable y con buen jardín, pero necesitaba mucho arreglo. Kille se encargó de cambiar totalmente su aspecto, dirigiendo los trabajos de pintar, retapizar muebles, cambiar cortinas, pulir pisos y la decoración completa. Encontramos en el ático unas grandes puertas de madera y vidrio catedral, que habían dividido la sala del comedor. Arreglarlas, pintarlas y volverlas a instalar permitió que la residencia de la embajada tuviera, como debe ser, una separación entre esos ambientes. El amplio jardín tenía una pequeña inclinación que dificultaba utilizarlo en recepciones y otras actividades. Con el jardinero don Vicente, se pudo nivelar esa área que fue de gran utilidad.

Tras varios meses de frustración, nuestros hijos empezaron a sentirse cómodos y acogidos. El avance escolar les permitió tener fines de semana cada vez más gratos. Como hijos de diplomáticos, tenían acceso al club de la Embajada de Estados Unidos donde podían jugar Bowling y otros, ver películas, disfrutar de hamburguesas y helados americanos y hacerse amigos de muchos países. Cuando salíamos en familia nos servían de intérpretes. Kille se hizo de amigas, tuvo algunas clases de serbocroata y se las arregló para tener muy buenos momentos. Recordamos con mucho aprecio ese país y sentimos como algo personal las guerras y desastres que lo devastaron años después.

En mi caso, pude escribir algunos artículos y ensayos que eventualmente se publicaron en las revistas de la Academia Diplomática, la Sociedad Peruana de Derecho Internacional y la de Desarme de las Naciones Unidas. La vida diplomática, siendo intensa, era bastante menos exigente que en Nueva York. Finalmente, el trabajo en la Embajada era muy grato con el valioso apoyo de mis colegas Enrique Román y Fernando Montero y un año después Marco Carreón en reemplazo de Enrique; y de Milka Rakocevic, secretaria. Marco y Fernando ya no están con nosotros, pero siempre se les recuerda con gratitud y afecto. Enrique se interesó también en las cuestiones de desarme, llegando a ser Secretario General de OPANAL, Organismo para la Prescripción de Armas Nucleares en América Latina, con sede en México y, más adelante desempeñar altos cargos en la Conferencia de Desarme de Naciones Unidas en Ginebra y miembro del Comité de Contraloría de la ONU. Mantenemos amistad desde aquellos lejanos días

Tuvimos la suerte de hacer muy buenos amigos en el Cuerpo Diplomático. Seguramente, ya se nos han adelantado, pero hasta ahora mantenemos amistad con Monseñor Francisco Javier Lozano, autoridad en la Curia Vaticana pero entonces joven Secretario de la Nunciatura. Buen jugador de tenis y excelente guitarrista, pero por encima de su encanto personal era un dedicado Pastor de la iglesia. Estudioso e inteligente se doctoró en Salamanca, y tuvo comprometida su salud por largos años de Nunciatura en África. Siempre lo recordamos con aprecio que acrecienta el deseo de volver a Roma a darle un estrecho abrazo. Y también a Javier Wiemer, Embajador de México, de vasta cultura y firme personalidad. Continuando su actividad política, fue eventualmente designado Director de la editorial de libros escolares y, en alguna visita a México, me comentó que había logrado publicar cien millones de libros. ¿Veremos algo así alguna vez en nuestro país?

Chifa, anticuchos, empanadas y Pisco Sour

Para el apoyo en la residencia, llevamos de Lima a Caycho, quien había trabajado tiempo en un restaurante chino y le encantaba preparar esa comida, como lo demostraba su considerable cintura. Estaba también a cargo de la limpieza de la casa, tarea que le atraía bastante menos. Como correspondía, se adquirió para él, uniformes de servicio muy

adecuados, pero cada vez que podía andaba en una camiseta de manga larga que en nada disimulaba sus rollitos.

Como estaban haciendo no pocas Embajadas en Belgrado, contratamos a una empleada tailandesa que viajó desde Bangkok. Recibimos en el aeropuerto a nuestra inolvidable Tuen, cuyo escaso inglés no le impedía ni entender ni hacerse entender, aún con Caycho que no hablaba una palabra. Se convirtieron en un formidable equipo de trabajo. Además de la cocina china, Caycho disfrutaba preparando las mejores empanadas que hemos comido y también anticuchos. Por su parte, Tuen preparaba un inolvidable caldo de pollo y hacía maravillas con las verduras.

Con su apoyo pudimos recibir mucho a las autoridades yugoslavas, empresarios y al cuerpo diplomático. Nunca pensamos que en alguna recepción veríamos a altos funcionarios de la Cancillería dirigirse discretamente a la cocina en busca de más empanadas. ¡Qué bueno! Almuerzos y cenas incluían siempre algo de la cocina peruana, cuidando de que no todos gustan de platos muy picantes o sazonados. Los anticuchos eran otro éxito, sólo comparable con el del Pisco Sour, de todo lo cual ofrecimos cantidades en los dos años de Belgrado.

En algunos almuerzos o cenas, Caycho preparaba platos de comida china lo que, ante la sorpresa de los comensales, nos permitía explayarnos sobre la diversidad y riqueza humana y gastronómica del Perú. Pero también de eso se trataba y agradecemos sinceramente el apoyo de esos dos amigos que lo hicieron posible.